

El Adviento desde una perspectiva vicenciana, Parte 6: El Nacimiento de Cristo, la alegría del Adviento y la vocación vicenciana

El Adviento es un tiempo lleno de expectación, esperanza y un profundo sentimiento de alegría que se va acumulando hasta llegar a la celebración del nacimiento de Cristo. Para los cristianos, este tiempo de espera no es sólo una experiencia pasiva, sino una preparación activa para la venida de nuestro Salvador. La alegría del Adviento culmina en la Natividad, el nacimiento de Jesús, que entra en el mundo para traer salvación, paz y amor. Para los que viven la vocación vicenciana, la alegría de la Navidad está íntimamente relacionada con la alegría de servir a los pobres y necesitados, haciéndose eco de la enseñanza bíblica: «Dios ama al que da con alegría» (2 Corintios 9,7).



La alegría del nacimiento de Cristo: El cumplimiento de la esperanza del Adviento

La historia del nacimiento de Cristo es una historia de alegría profunda, no sólo para las personas presentes, sino para toda la humanidad. Los ángeles anunciaron esta alegría a los pastores, proclamando: «Os anuncio una gran alegría que será para todo el pueblo» (Lucas 2,10). Esta «buena noticia» es que Dios, en su infinito amor, eligió hacerse humano y habitar entre nosotros, ofreciéndonos el don de la salvación y la reconciliación.

En Adviento nos preparamos espiritualmente para esta celebración. Cada semana, el encendido de las velas de Adviento marca nuestro camino hacia la Navidad, reflejando esperanza, paz, amor y alegría. La última vela, a menudo llamada la vela de la «Alegría», nos recuerda que se ha cumplido la tan esperada promesa del Mesías. El nacimiento de Cristo es la máxima expresión del amor de Dios, y a través de este acontecimiento, Él

entra en la historia humana como un niño vulnerable, nacido en un humilde pesebre, rodeado de pobres y marginados. Es en este humilde nacimiento donde encontramos el corazón de la espiritualidad vicenciana: reconocer a Cristo en los pobres y servirle con alegría y dedicación.

La vocación vicenciana: Servir a los pobres con alegría

El carisma vicenciano, inspirado en San Vicente de Paúl, enseña que Cristo está presente en los pobres y en los que sufren. Los vicencianos estamos llamados a reconocer el rostro de Cristo en los marginados y olvidados de la sociedad. Pero más que eso, estamos llamados a servir con alegría, reflejando el corazón mismo del amor de Dios.

San Vicente de Paúl y sus seguidores comprendieron que servir a los pobres no es una carga, sino un don. Estar llamado a servir a los necesitados es participar en la misión de Cristo mismo. San Vicente animaba a menudo a sus compañeros a afrontar su trabajo con entusiasmo y alegría, por difícil que fuera. Creía que la verdadera caridad está marcada por la alegría, no por la obligación a regañadientes.

Esta idea está bellamente captada en la frase bíblica: «*Dios ama al que da con alegría*». En la tradición vicenciana, esto no se refiere sólo a dar bienes materiales, sino a darse uno mismo por completo —tiempo, compasión, energía— con un corazón alegre. Servir a los pobres se convierte en una fuente de alegría cuando lo entendemos como una forma de servir a Cristo, que vino al mundo no como un rey, sino como uno de los más pequeños.

Alegría y humildad: El nacimiento de Cristo como ejemplo vicenciano

El nacimiento de Cristo en un humilde pesebre rodeado de animales es una sorprendente imagen de humildad. Nos recuerda que Dios no eligió la riqueza, el poder o la comodidad, sino que abrazó la pobreza. Jesús nació en un entorno humilde y empobrecido, lo que nos remite a la vocación vicenciana a vivir una vida de sencillez y servicio.

Para los vicencianos, la humildad de la Natividad es un ejemplo profundo. Los pobres, como los pastores que fueron los primeros en oír hablar del nacimiento de Cristo, son a menudo los más cercanos al corazón de Dios. Del mismo modo, quienes sirven a los pobres con humildad y alegría se acercan más a Cristo. La alegría de la Navidad, por tanto, no se encuentra en los regalos materiales ni en el éxito mundano, sino en seguir el ejemplo de Cristo con humildad y dándonos generosamente a los necesitados.

Esta humildad es fundamental en la vocación vicenciana. Así como Cristo se abajó para entrar en el sufrimiento humano, los vicencianos estamos llamados a dejar atrás nuestra comodidad y entrar en las penurias de los necesitados, no por deber sino por amor. Como enseñó San Vicente, debemos esforzarnos por mantener nuestro corazón abierto a los sufrimientos y a la miseria de los demás, y «*Dios nos concederá la gracia de enternecer*

nuestros corazones en favor de los miserables y de creer que, al socorrerles, estamos haciendo justicia y no misericordia». (SVP ES, VII, 90)

Alegría en acción: La llamada cotidiana a servir

Aunque la alegría del Adviento alcanza su punto culminante en el nacimiento de Cristo, no termina ahí. El verdadero significado de la Navidad nos invita a llevar esta alegría a nuestra vida diaria, especialmente a través de actos de caridad. La vocación vicenciana nos recuerda que la alegría de la Navidad no se limita a un solo día, sino que es algo que vivimos a través de nuestras acciones durante todo el año.

San Vicente de Paúl enseñó que la alegría está profundamente ligada a la acción. A sus seguidores se les anima a actuar con rapidez para satisfacer las necesidades de los pobres, del mismo modo que María, al conocer la noticia de su embarazo, se apresuró a ayudar a su prima Isabel. El propio Vicente hablaba a menudo de la necesidad de un «amor efectivo», un amor que no se limite a sentir compasión, sino que actúe en consecuencia.

«Dios ama al que da con alegría»

Las palabras «Dios ama al que da con alegría» son un poderoso recordatorio durante el Adviento. Esta alegría no procede de circunstancias externas, sino del gozo profundo y duradero de sabernos amados por Dios y llamados a compartir ese amor con los demás. Cuando nos entregamos, especialmente a los pobres, con un corazón alegre, reflejamos la generosidad de Dios, que dio a su Hijo único al mundo.

San Vicente de Paúl comprendió que esta alegría en el servicio es transformadora. No sólo levanta a los que son servidos, sino que también transforma al que sirve. Al servir a los demás con alegría, nos encontramos con Cristo mismo, y a través de este encuentro, nuestros propios corazones cambian.

La alegría de la Navidad, por tanto, no es algo que se desvanece una vez que se retiran los adornos. Es una alegría que perdura en nuestros actos de servicio, en nuestra dedicación a los pobres y en nuestro compromiso de vivir el amor de Cristo cada día.

Una llamada a la acción

La alegría de la Navidad nos impulsa a ir más allá de nosotros mismos y servir a los demás con dedicación y alegría. Ya sea visitando a los enfermos, dando de comer a los hambrientos o consolando a los solitarios, los vicencianos estamos llamados a llevar la alegría del amor de Cristo a los más necesitados.

Preguntas para la reflexión personal y comunitaria

1. ¿Cómo puedo llevar la alegría del nacimiento de Cristo a mi vida diaria, especialmente en mis encuentros con los necesitados?
2. ¿De qué manera puedo servir a los pobres con mayor humildad y alegría, siguiendo el ejemplo del nacimiento de Cristo en un humilde pesebre?
3. ¿Cómo puede nuestra comunidad cultivar un espíritu de entrega alegre, no sólo durante la Navidad, sino a lo largo de todo el año?